ARTÍCULOS

Lo decimos con cariño: estratificación racial y el discurso de lo negro en Colombia

Gregory Lobo y Nick Morgan
Universidad de los Andes

El centro de estudios culturales de Birmingham se enfocó en la cultura como el sitio u objeto de investigación sin fijar los límites de ese término. Uno puede investigar la cultura en el sentido Arnoldiano —"lo mejor que se ha pensado y dicho"-- o en el sentido más tal vez antropológico, remitiendo a un modo de vida entero.

Cuando hablamos de este último uso de la palabra, estamos hablando de un nexo, un complejo de prácticas, modos de pensar, dinámicas de interacción, ideologías y discursos, etcétera, que juntos conforman una sociedad o un sistema social "estructurado en dominación," como decía, por ejemplo, Stuart Hall. Es decir, en los estudios culturales el concepto de cultura pierde sus matices exclusivas y exclusivistas, y denota al mundo social desde abajo hasta arriba.

Uno de nuestros intereses principales es analizar cómo se puede relacionar la manera en que la gente habla con las sociedades estructuradas en dominación. Como ya se sabe, el lenguaje no es una mera reflexión de la realidad. Más bien, al hablar de la realidad la construimos, y el habla, por inconsciente que sea, es parte de esta construcción. Lo dicho sólo tiene sentido dentro de un mundo al cual remite; el mundo mismo, por su parte, no desmiente la veracidad ni socava el sentido de lo dicho. Más bien en nuestro estudio buscamos si se pueden decir cosas racistas porque la situación en la cual se las dicen es racista; a la vez, al decirse, la situación se reproduce como una situación racista.

Lo que queríamos hacer, por lo tanto, era pensar la relación entre la manera en que se habla de "lo negro" en Colombia, y la estructura racial del país. Queríamos ver si había una relación mutua allí, entre una realidad en la que ser negro era vivir una posición social de segunda y una manera de hablar de lo negro o, mejor dicho, un discurso de lo negro, que tuviera sentido dado tal mundo, pero que también ayudara a reproducir aquel mundo.

Un problema inicial es que a menudo se representa a Colombia, al igual que otros países latinoamericanos, como un país no racista. Hace ya 30 años Sagrera notó, "la negativa apasionada, el esfuerzo realizado por todos los medios para que no salga a la luz ese 'esqueleto de la familia', ese crimen originario del prejucio racial . . . que sólo los 'extranjeros mal intencionados' intentarían descubrir" (8).

En 2001, Marisol de la Cadena empieza su artículo en el *NACLA Report on the Americas* así: "Uno de los fenómenos más perplejos y desconcertantes que confronta al visitante en Latinoamérica es la relativa facilidad con que prácticas discriminatorias extendidas y muy visibles coexisten con la negación del racismo" (16).

El hecho es que mientras las repúblicas latinoamericanas son obviamente racistas--es decir, claramente estratificadas racialmente, con un claro dominio en los campos materiales y simbólicos del poder de los que se aproximan al ideal europeo--es raro encontrar la admisión que tal estratificación tenga algo que ver con el racismo.

Sin embargo, hay críticos que ya han comentado la relación que queríamos entender. Para señalar a uno, Roberto Pineda Giraldo ha escrito, en el prefacio de *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanos*:

> Viven aún, semiocultos en la subconciencia de muchos colombianos, dichos y refranes de vieja data, denigrantes de la población negra, que están siempre prontos a escapar de los labios, al menor estímulo y a herir impiadosa e injustamente a quienes llevan en su sangre y en su piel la constancia de una ascendencia africana. Frases despectivas que en forma caricaturesca pretenden denigrar comportamientos, actitudes, rasgos de una personalidad modal, o de descaracterizar malévolamente el alma de un pueblo, dejando entender con ello que no se quiere compartir con él, espacio y historia. (7)

Nos interesa, sin embargo, replantear el problema, porque lo que nosotros queremos desarrollar, y lo que creemos que hace falta todavía, es un análisis de los factores que contribuyen en la actualidad a la existencia de una formación social racista.

El hecho es que, cuando hablamos con los

colombianos sobre este tema y el uso de la palabra, recibimos como respuesta inicial, "ay, pero lo decimos con cariño". Esta frase se les salía casi automáticamente, y nos hizo pensar: "o tenemos acá algo bien interesante que merece ser estudiado, o estamos siendo completamente brutos!" Pero a la vez nos hizo pensar en algo de Frantz Fanon, quien dijo que "el racismo no es más que la explicación emocional, afectiva, algunas veces intelectual, de [la] interiorización" necesaria para que funcione una sociedad desigual. Este cariño—emocional, afectiva, y aún a veces intelectual—parece ser clave para entender la eficacia de los procesos productores del racismo en Colombia, uno de los cuales, es el discurso de lo negro.

Bueno, hay que reconocer que al principio parecía que efectivamente estábamos siendo bastante brutos. Mucha gente nos decía que investigar el uso de un término como *negro* era absurdo, ya que las connotaciones de su uso cotidiano eran siempre positivas o como mucho chistosas. Pero, queríamos investigar más que un solo término. Las palabras sólo tienen sentido en un contexto dado, y el contexto que nosotros investigábamos abarcaba todo lo que tenía que ver con el concepto de raza. Este discurso va ordenando toda una jerarquía de términos- *indio, meme, indígena, morocho, negro, afrocolombiano, afrodescendiente, zambo, mulato, mestizo, trigueño, mono, gringo* y otros más. Lo que queríamos hacer, por lo tanto, era profundizar más en los procesos discursivos que constituyen la idea de diferencia racial en Colombia, para poder analizarlos.

Tal vez cabe señalar aquí que nuestra idea no era condenar a los colombianos por ser particularmente racistas: después de todo vamos a encontrar actitudes que podrían tildarse de racistas en todas partes. Lo que sí nos interesaba, sin embargo, era mirar cómo la gente reflexionaba sobre estos procesos discursivos para entender mejor su funcionamiento en la reproducción de cierto orden social. Queríamos averiguar quién se considera *negro, afrocolombiano, mestizo, blanco* etcétera, y quién gana y quién pierde por consiguiente.

Una primera respuesta evidente a esta pregunta es que un "blanco" o un "negro" o un "mestizo" es la persona que se identifica como tal, y la persona que es identificada como tal por los demás. Con esto nos ubicamos de lleno en el campo de los estudios culturales, cuya meta inicial era investigar quién se reconoce como quién, y cuáles son las implicaciones de esto. Entonces lo que está en juego no es tanto la idea de *identidad* sino la de *identificación*: no se trata de quiénes somos y de dónde venimos, sino de quiénes queremos ser, cómo hemos sido representados y cómo nos gustaría representarnos.

Obviamente el primer paso era conseguir ejemplos de estos usos. Los informantes que escogimos para nuestra primera investigación eran muy variados en términos de edad, raza y estatus socioeconómico; en su gran mayoría eran de Bogotá, Armenia y Cali. El proceso tenía dos partes: primero, un cuestionario con unas cincuenta preguntas, diseñado para solicitar algún tipo de auto-identificación, y luego una serie de entrevistas sobre el tema de lo racial.

Nuestros informantes no tenían ningún problema en el momento de identificarse en términos raciales. La mayoría se identificó como *mestiza,* lo que era de esperar, porque nuestro propósito inicial era investigar las actitudes de los que se consideran *mestizos*. Más allá de esta simple auto-identificación, sin embargo, encontramos dos tendencias básicas al hablar de lo racial en Colombia. La primera fue enfatizar la diversidad, mencionando una pluralidad de términos: *mestizo, trigueño, negro, afrocolombiano, moreno, mulato, indio, indígena, zambo*. La segunda era reducir todo a una dicotomía *blanco/negro*, o *blanco/indígena*, o tal vez más precisamente *blanco/no-blanco*, o *negro/no-negro*.

De hecho, como ya han señalado otros investigadores, *blanco* y *negro* eran términos relativos; su asignación dependía de quién se comparaba con quién. Así que los habitantes indígenas de Colombia en la época de la conquista fueron considerados como *negros* por algunos informantes ("antes de que llegaran los españoles todos éramos *negros*"), mientras que muchos *mestizos* al compararse con *afrocolombianos* ya se consideraban *blancos*. La relación entre clase y raza también era evidente; en medio de una discusión en Cali un *afrodescendiente* le dijo a un trabajador municipal *negro* que "lo que pasa es que ya no eres *negro*", porque pensaba que el trabajo relativamente bien pagado de este último había cambiado la manera en que los otros lo veían.

Aparte de confirmar la existencia de este tipo de procesos, también encontramos que la enorme mayoría de nuestros informantes estaban de acuerdo en que el uso de *negro, negrito, negrita* etcétera entre *mestizos* connotaba cariño. Pero este mismo término se vuelve problemático cuando un *mestizo* lo utiliza

para referirse a un *afrocolombiano*. A primera vista, los resultados de los cuestionarios sugerían que nuestros informantes *mestizos* se dividían en dos grupos iguales entre los que consideraban que esto era un gesto de cariño, y los que sentían que tal uso podría ser ofensivo. Pero una mayor ambigüedad era aparente en las entrevistas cuando empezamos a hablar del uso del diminutivo *negrito*, favorecido por muchos informantes porque consideraban que disminuía el impacto negativo inherente en la palabra *negro*.

Por ejemplo, en Cali:

> Mesero (mestizo): Eh, sí, sí, se utiliza mucho, digamos, la palabra "negrito", "negrita", eh, digamos, es como por no decir algo así "*negro*", ¿no? que suena como más...
>
> Mesera (blanca): Más vulgar...
>
> Mesero: ...como más punzante, ¿no?, como por no decir, "ay, ese negro no", y entonces, "aquel negrito", o "aquella negrita", se utiliza mucho ese diminutivo por eso...
>
> Mesera: Ya
>
> Mesero: Es como algo de cariño...

Lo que vemos aquí, desde luego, es el reconocimiento de la fuerza denigrante de la palabra *negro*, lo que la ubica en su posición de inferioridad dentro de una jerarquía racista. Pero a la vez vemos que este mismo reconocimiento se esconde en seguida mediante la coartada del cariño.

De hecho, la mayoría de nuestros informantes, tanto *negros* como *mestizos*, estaban de acuerdo en que el factor determinante, fuera del contexto, era la entonación ("depende de cómo me lo digan"). Ahora bien, la entonación es un factor relativamente sutil cuya interpretación puede ser muy precaria. El mero hecho de que exista un tono ofensivo recuerda toda una historia de exclusión y de explotación, justificada, por la creación de esta especie fantástica, *el negro*.

Les remito a otro ejemplo reciente. En *Protagonistas de novela* le preguntaron a Yesenia si le molestaba que le dijeran "la negra". Su respuesta era la siguiente: "*Algunos lo decían de verdad con cariño, y otros porque los demás lo decían.*"

Aquí vemos la misma ambigüedad de forma invertida. Se ha dicho tanto que llamar a alguien "la negra" es cariñoso que algunos se apresuran a hacerlo para mostrar su afecto. Esta situación fue reconocida por los participantes en nuestro estudio que se identificaban como *negros*, es decir, los que aceptaban la definición dominante, quienes fueron casi obligados a aceptar estos usos como "cariñosos" cuando a la vez tenían una carga ofensiva o condescendiente.

Por otra parte, como era de esperar por su auto-identificación, nuestros informantes *afrocolombianos* no aceptaban el término *negro*. Y aquí, tal vez, emerge de forma más obvia lo político. Identificarse como *negro* es aceptar una designación mayoritaria, mientras exigir que se le identifique a uno como *afrocolombiano* o *afrodescendiente* es, de alguna manera, luchar contra la corriente discursiva, contra toda una historia inscrita en las palabras.

Lo que fue de particular interés aquí era precisamente la reflexión de los participantes sobre procesos discursivos que normalmente eran casi automáticos. Aunque las entrevistas casi siempre empezaban con la afirmación de los entrevistados de que Colombia no era un país racista, en seguida salían ejemplos evidentes de racismo. Nuestra intención no era tanto catalogar los usos "racistas" de nuestros informantes sino invitarlos a reflexionar sobre estos usos para ver qué pasaba.

Desde luego, estábamos conscientes del hecho de que nuestra presencia iba a influir en este proceso de reflexión. Una respuesta muy común en las entrevistas era que si en Colombia existía el racismo, era menos fuerte que en nuestros países, más blancos y por implicación más excluyentes. Aquí, fue interesante su apelación a un orden racial derivado, tal vez, de Hollywood y la televisión, una visión de Estados Unidos donde la segregación era todavía legalmente aceptada.

Con respecto a todo esto, aunque nuestra participación en ellas representa un variable que no podíamos controlar, no nos parecía en sí problemático—como ya hemos señalado, los estudios culturales no quieren asumir una posición desinteresada o seudocientífica. Nuestra participación incluso tenía un lado interesante porque apuntaba hacia una dimensión más amplia del asunto. Y eso es precisamente que lo racial tiene una dimensión global y no sólo nacional. En Colombia es obvio que la

costa Pacífica se considera más negra que el resto del país, pero es igual de evidente que los imaginarios raciales en Colombia tienen un aspecto internacional también. Por ejemplo, cuando preguntamos a dos *blancas* en la Universidad del Quindío si eran más o menos blancas que nosotros, quisieron averiguar de dónde éramos. Cuando les dijimos que éramos de Inglaterra (lo que no era estrictamente correcto) esto mismo era la confirmación para ellas de que eran menos blancas que nosotros.

Lo que estamos viendo es que la aceptación condescendiente de la palabra "negro" tiene que ver con un orden social que perpetúa los estereotipos que marginan a los "afro". Esconde un racismo que se supone que ha sido abolido por la Constitución del 91, y que no es enfrentado generalmente ni por el sistema educativo ni por los medios de comunicación, a pesar del tokenismo de la "reina negra", o de las participantes en *Pop Stars* y en *Protagonistas de novela.* (Y a propósito de esto, aunque no formaba parte de esta fase de la investigación, uno puede ver en cualquier medio de comunicación que la manera de representar lo negro es todavía arraigada en términos e imágenes con connotaciones exóticas y primitivistas.)

Obviamente, sin embargo, no vemos esta situación como algo estático. Es un proceso donde se ven cambios. Pero para lograr cambios tienen que haber intervenciones más bien que una aceptación pasiva por parte de las instituciones culturales de un orden racista. Es en este sentido que los estudios culturales, tal vez, puedan hacer una modesta contribución

Bibliografía:

Cadena, M. de la, "Reconstructing Race. Racism, Culture and Mestizaje in Latin America." *NACLA Report on the Americas*. 34 6 (2001): 16-23.

Fanon, F. *Por un revolución africana.* México: Fondo de Cultura Económica, 1965.

Giraldo, R. P. "Prefacio", *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanos.* Alexander Cifuentes (comp.). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura-Instituto Colombiano de Antropología, 1986.

Sagrera, M. *Los racismos en América "Latina"*. Buenos Aires: Ediciones La Bastilla, 1974.